

Examen de conciencia de un literato

A writer's examination of conscience

Renato Serra
(Cesena, 1884 – Gorizia, 1915)

Traducción recibida el 29/06/2018 y publicada el 15/07/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

**El examen de conciencia de Renato Serra,
por M. Belén Hernández González (Universidad de Murcia)**

Renato Serra (Cesena 1884-Gorizia 1915) se formó en la escuela filológica carducciana de la Universidad de Bolonia, donde se licenció en Letras con una tesis sobre el estilo en los *Trionfi* de Petrarca en 1904. Tras realizar cursos de especialidad en Florencia, regresó a su Cesena natal en 1909 para hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Malatestiana. Desde este tranquilo retiro escribió sus principales ensayos críticos, que tratan desde los clásicos griegos, a R. Rolland y R. Kipling, hasta sus estudios sobre Carducci o Pascoli, donde ya se advierte la distancia con el maestro, pues huyendo de tecnicismos o áridas anotaciones, adopta un método crítico y basado en la intuición, la complicidad psicológica con el autor comentado y la indagación existencial.

Refinado intérprete de los clásicos y con una sólida preparación estilística y literaria, este *lettore di provincia* (como él mismo se denomina) ya desde sus primeras colaboraciones en la revista «La Romagna», muestra un amor profundo a su tierra, disintiendo de la opinión de Benedetto Croce contra el fragmento poético de Pascoli y poniendo en valor a escritores como Alfredo Panzini y otros poetas de la región considerados menores, cuyo interés para él radicaba en la expresión de un vínculo estrecho con el entorno. En su poética, la provincia representa simbólicamente el humanismo clásico, un *topos* donde aún es posible el trato humano y la relación con directa con la vida.

Precisamente con Alfredo Panzini (neutralista), Serra mantuvo un amplio debate a propósito de la guerra, cuyas entregas: *Partenza di un gruppo di soldati per la Libia*, *Perché non si deve andare a Tripoli*, *Ringraziamento a una ballata al Paul Fort* y *Diario di trincea*; fueron publicados póstumos, en 1916. Pero, si por una parte participa en la gran polémica entre interventistas y neutralistas, encendiendo el debate sobre la posición de los jóvenes intelectuales ante la guerra; por otra la continua tensión entre la cultura de la gran ciudad y la provincia, mantendrá a Serra en una postura distante y crítica con respecto a los esquemas de la clase liberal dominante y de las instituciones literarias que consideraba reduccionistas.

A pesar de ello, Renato Serra no se aísla del todo en el campo forlívés, pues se acerca a los círculos literarios más destacados a través de cartas, editoriales, controversias... Colabora paralelamente con la revista florentina «La Voce», dirigida por De Robertis, donde Papini, Jahier o Prezzolini ya estaban con la guerra en la boca. En esta revista aparece publicado, el 30 de abril de 1915, su ensayo más emblemático: *Esame di coscienza di un letterato*. El texto está considerado por la crítica una de las cimas de la literatura sobre la Gran Guerra, al dar expresión al malestar de los jóvenes escritores ante la imposibilidad de vivir la literatura como respuesta a los desafíos del ser contemporáneo; cuando se hace patente que la estética –paralizada por retórica y mistificada por el idealismo– no tiene una respuesta para la guerra.

El ambiente político de Italia en vísperas de la Primera Guerra Mundial era crítico; durante el gobierno de Giolitti, el equilibrio social e institucional empezaba a romperse debido a las presiones del imperialismo en las campañas coloniales en Libia (1912) y las reivindicaciones irredentistas sobre los territorios del norte (Trentino, Alto Adige y Venezia Giulia), de soberanía austriaca. En este contexto, la antigua dicotomía entre la vida y la literatura converge con la tensión entre pensamiento y acción, retórica y persuasión, *passatismo* e interventismo... mientras

el autor repasa los argumentos de la paz y la guerra con el acento de los escritores de ambos bandos. El lenguaje se depura y desnuda en un esfuerzo por dar validez silogística a los conceptos esenciales de la confrontación. Hemos querido reflejar en la traducción el ritmo entrecortado de la frase, la puntuación abrupta, la ausencia de verbos o las estructuras sintácticas de matriz griega y latina.

Serra plantea una reflexión íntima, sincera, sobre su propia condición de escritor frente a la guerra. Cuestión que se había convertido, para él, en una exigencia moral, como así lo justifica en una carta a De Robertis: “Prima di tutto bisogna che io mi liberi di un peso che ho dentro; e che me ne liberi non per una scappatoia, ma sciogliendo il nodo direttamente. Conti con me stesso; esame di coscienza di un letterato: davanti alla guerra.” (20 de marzo de 1915).

Liberar su conciencia, desahogar la ansiedad crispada durante una espera miserable. El examen de Serra es lúcido y angustioso, en él advierte los límites de la literatura y su definitivo alejamiento de la vida. La duda entre mantenerse al margen de un conflicto estancado en una situación irresoluble, según una razón histórica o estética; o bien, unirse a compatriotas que afrontan los acontecimientos con espíritu libre, será resuelto dramáticamente. La guerra, despojada de cualquier justificación ética, política o ideológica, quedará reducida a una especie de instinto; una fuerza contradictoria que a pesar de no construir nada bueno ni para la vida ni para la literatura, se percibe como el único destino para el joven escritor.

A la busca de hombres capaces de “vivir o morir sin saber por qué”, Renato Serra se alistó en el ejército italiano como teniente en abril de 1915. Murió el 21 de julio del mismo año en el monte Podgora, cerca de Gorizia. Las siguientes páginas que ofrecemos en traducción por primera vez en España, lo reconcilian con la alta literatura y constituyen uno de los más conmovedores legados de la generación perdida en la Gran Guerra.

Renato Serra, Examen de conciencia de un literato¹

Creo que tenía razón De Robertis² cuando reclamaba para sí mismo y para todos nosotros el derecho a hacer literatura, a pesar de la guerra.

La guerra... Desde hace unos ocho meses me pregunto con qué pretexto me concedo esta licencia, al dejar de lado todo lo demás para pensar sólo en ella. Los días pasan, el peso de esta cuenta por resolver con mi conciencia me aburre y me

¹ Edición original: Serra, R. (1994). *Esame di coscienza di un letterato*. Vincenzo Gueglio (ed.). Palermo: Sellerio. Primera edición en volumen: Ídem (1915). *Esame...*, G. De Robertis & L. Ambrosini (eds.). Milán: Treves.

² Se refiere a un texto de Giuseppe De Robertis, publicado en la revista «Lacerba», III (n. 10), el 7 de marzo de 1915, en la columna titulada *Zuccheriera*, pp. 78-79. En este artículo De Robertis ironiza sobre la fama de escritores menores gracias a su postura interventista; frente a esta situación declara la necesidad de hacer literatura con independencia de la guerra. Serra elabora su ensayo como respuesta a esta declaración; los pasajes entrecorridos se deben a ello.

atrae: como la sombra de esa cosa que no he querido ver, pero luego emerge oscura y tentadora desde el rincón de la mirada, hasta conseguir que me dé la vuelta.

Ahora bien, es cierto que a nadie se le consiente licenciarse de su puesto en la vida cotidiana; dejar a la orilla del camino equipaje, trabajo y costumbres; sueños, amores y vicios, todo a la vez fuera; como algo inesperadamente vacío de sustancia y de relaciones; sacudirse el polvo del viaje, volteando hacia un destino revelado y decisivo un alma ligera, liberada de todas las responsabilidades anteriores; hacer todos estos preparativos, añadiendo la concentración, el ansia y la espera, con la actitud de partida; y al final, no moverse, no hacer nada, mirar por la ventana. ¿Mirar qué?

Delante de mí no hay nada más que mi sombra inmóvil, como una caricatura. Ya hace ocho meses que la contemplo y hago una señal con la mano a todos los demás intereses para que esperen, porque no tengo tiempo de ocuparme de ellos. Serio, con el aire de un hombre preocupado, mientras leo los periódicos y mantengo conversaciones; tal vez busco, entre paréntesis, algún pretexto para justificarme, y si no llega a satisfacerme la conversación es sólo por una pizca de pudor o, más bien, porque tengo tan poco interés en mis interlocutores que no me tomo la molestia de mistificarlos.

Creo haber dicho, entre otras cosas, que la literatura me da asco, «en este momento»; en todo caso, si no lo he dicho, he hecho lo mismo que quienes lo dicen; (y si lo he dicho, he dicho la verdad).

Pero es inútil que ahora me entretenga haciendo ironía sobre ello, sería muy fácil. Por otra parte, esta historia de nuestra «participación personal en la guerra» durante los meses ya pasados, con sus equívocos de ilusión e ingenuidad y sus matices de ridículo, cada uno podría repararla por cuenta propia; y la mía no interesa más que la de los demás.

Por ahora lo que me importa es la conclusión. Tan obvia y conocida que quiero repetírmela: la aprenderé.

La guerra no es asunto mío. La guerra que hacen otros, la guerra que habríamos podido hacer... Si hay alguien que sepa esto, el primero soy yo.

¡Es una lección muy antigua! La guerra es un hecho, como otros muchos en este mundo; es enorme pero es sólo eso, junto a otros que han sido y serán: no nos une; no nos quita nada. No cambia absolutamente nada en el mundo, ni siquiera cambia la literatura.

También quiero nombrarla a ella, precisamente porque tal vez es lo que personalmente tiene menos relación conmigo; está en el margen de mi vida, como una amistad casual; con la cual tengo menos derecho de ser injusto.

Y además no puedo olvidarme de haber tenido algo en común –si me lo hubieran dicho antes me habría enfadado, pero igual era verdad– con toda esa gente buena, llena de seriedad, que desde hace tiempo grita que es hora de poner fin a las trivialidades y cotilleos literarios; pues, ya se han terminado, ¡por fin! Al pasar la época de la extravagancia y la decadencia, y al componerse el ánimo de consideraciones más graves y entusiasmos más sanos, esperamos en silencio el amanecer de una nueva literatura, heroica y grande, digna del drama histórico, a través del cual pueda regenerarse la humanidad, en virtud de la sangre y los sacrificios.

Repetimos, por tanto, con toda la sencillez posible. La literatura no cambia. Es posible que haya alguna interrupción, alguna pausa en el orden temporal, pero como conquista espiritual, como exigencia y consciencia íntima, permanece en el punto donde el trabajo de las últimas generaciones la habían dejado y, aunque sobreviva de

ella una parte, sólo a partir de ahí se reanuda y continuará. Es inútil esperar transformaciones y renovaciones por la guerra, que es otra cosa: como es inútil esperar que los literatos vuelvan cambiados, mejorados e inspirados por la guerra. Ésta los toma por hombres, en lo que cada uno tiene de más simple y elemental. Pero, por lo demás, cada cual sigue siendo quien era. Cada uno vuelve –el que vuelve– al trabajo que había dejado; tal vez cansado, conmovido, absorto, como si emergiese de una riada, pero con el ánimo, las maneras, las facultades y la calidad que tenía antes.

Será necesario recordar entre nosotros lo que sucede aún hoy a los que van a la guerra, no sólo como hombres sino también como literatos; pero ¿acaso los cronistas cuentan tantas cosas de profesores, artistas, escritores, que se han deshecho de sus costumbres y van creando, debido a las nuevas necesidades, según el espíritu nuevo de la hora actual, una literatura nueva? Mirad en Francia: literatura de batalla, de fe, de simplicidad; comediógrafos y literatos mundanos que relatan las trincheras; y Barrès, Bergson, Boutroux, Claudel, Bédier; cada cual en periódicos, conferencias, u opúsculos ha cargado con su parte de la fatiga activa y útil; y Rolland responde a Hauptmann; y Péguy, y otros cientos, que caen en primera línea. O en Italia: cuántas revelaciones y movimientos de gente que en la agitación que nos transporta ha cambiado de figura. Gente seria, estimada y valiente que ha destapado angustias insospechadas en la inteligencia; debilidades, bajezas en el alma; y otros, indolentes, que se han despertado; espíritus difíciles que se han vuelto simples, almas ligeras, vanas, que han obedecido a una voz austera de deber.

Así, tenemos que decir y saber que no hay nada verdadero. Salvo alguna modificación de acento, debida a las circunstancias, sea por ganancia de simplicidad, sea por deterioro de énfasis; salvo el cambio material de los temas y las ocasiones de escribir, todo se queda como estaba: una continuación de la literatura de antes, si acaso una repetición, por la prisa del trabajo que aprovecha las costumbres más fáciles y más a mano. Nunca ha habido tanta retórica ni tanto *plaqué* como en este asunto de la guerra.

No se dice de los sonetos de Rostand o de cualquier otro académico: pero mirad las baladas de Paul Fort, entre las más frías y mecánicas que jamás hayan brotado de su deliciosa pluma; o todas esas parrafadas de Barrès, junto a soberbias páginas, por otra parte, llenas de fuerza incisiva y armonía; sin negar además que todo pueda tener su oficio, en práctica, y su beneficio.

De igual manera, en casa: D'Annunzio, por ejemplo, en quien pensamos con cierto orgullo y casi con simpatía desde que su privada y curiosa «cautividad en Babilonia» se convirtió, según el curso de los acontecimientos, en una expresión simbólica de la Italia exiliada con el corazón en los campos donde se defiende de nuevo la civilización latina; y su retorno tiene un significado que nos hace esperar y dudar a todos. Este D'Annunzio de momento también ha ganado: ha vuelto a hacerse un hueco entre nosotros, ha regresado al puesto del que parecía haber caído. En realidad, con todo el favor de las circunstancias y la suerte, no es que haya crecido en nada: no ha hecho nada digno de esa aparente grandiosidad moral. A través de una carta, desde un París asediado, soberbiamente rico y roto de color ¡Cuántas odas por la resurrección latina y frases y palabras tan odiosamente antiguas y falsas, cómo si jamás pudiera cambiar nada para él!

O queréis hablar de Croce, que parece empequeñecido, alejado, retenido en una acritud de pedagogo entre untuoso y hastioso, que se digna a consolar nuestras penas desde lo alto de su filosofía, seguro de que al final todo, también en esta guerra, es y no puede ser otra cosa que el bien, el beneficio y el progreso. Y mientras tanto, no

deja escapar ocasión para impartir a nuestra parcialidad apasionada algunas leccioncitas sobre los méritos de la cultura germánica, corrigiendo las barbaridades con una sonrisa, que es en total una punzada o el desprecio a todas las tendencias de la política democrática y masónica; y si se tercia, también lanza un latigazo para algún joven un tanto insolente, entre los que caen a menudo en el error de contradecirlo; mejor que mejor porque hasta el justo es hombre, y no se le puede negar el derecho de irritarse, pongamos por caso, por culpa de Papini. Aunque, no sé cuánto hay de verdad en esta impresión: cuando creo no estar de acuerdo con alguien ya no me intereso y no me informo sobre él, arriesgándome a parecer gratuitamente malicioso al recoger una inexactitud. Pero, ¿qué importa? Aunque todo fuera verdad, sé que Croce no se debilitará ni cambiará por ningún episodio de su vida política, simpático o antipático: no era necesario desvelar todo defecto de moralista o sofista, y no le quita nada a la persona real, al igual que la sonrisa demasiado satisfecha en la boca no nos esconde la seriedad y la tristeza sustancial del alma. En definitiva, Croce siempre es Croce: y que ahora se encuentre tan a gusto codo con codo con alguien como Barzellotti o Chiappelli e incluso con Matilde Serao, es un asunto doméstico, que le concierne sólo a él. Si hay algo que reprocharle hoy son los fragmentos de ética, donde habla de decir la verdad, no las entrevistas ni los artículos.

Pero, ¿acaso no es lo mismo para los demás? Universitarios, periodistas, literatos, politicastro, aquellos que estábamos acostumbrados, si no a valorar mucho, al menos a respetar como personas e inteligencias honestas; mezclados y unidos por una afinidad moral imprevista los que ni siquiera nos preocupábamos de descartar, cabezas vacías y malvadas, exaltados y fanfarrones, chapuceros y embaucadores. Todo esto nos ha molestado y enfadado, nos ha hecho pensar en una manifestación de cobardía, necedad y poltronería italiana, superior incluso a nuestra tolerancia, tan grande en su desprecio.

Era un exceso que se puede perdonar como impresión; pero no se puede conservar como juicio.

De Lollis o Missiroli, por recordar dos ejemplos entre los menos malos, no han perdido nada de aquel reconocimiento que podían merecer: y sabíamos ya antes que uno era un doctrinario con cuyo esfuerzo de mente –por no hablar de la ambición– podría adquirir el conocimiento, pero no la penetración de lo histórico y lo artístico; y que el idealismo del otro podría tener buena voluntad y ardor, pero no ideas, y más orgullo de soledad que de pensamiento. Virtudes y miserias que no han cambiado en ellos, como no han cambiado en el otro bando: donde la seriedad de la causa junto a la utilidad de la acción, ciertamente no ha podido, una a una, privar de sentido a todas esas notas discordantes, exageraciones y banalidades, aunque lo hagamos de buena fe; pero existen también los de mala fe, como hay en el montón, vanidosos, ambiciosos, conferenciantes artificiosos y charlatanes, oportunistas y fanáticos, cada uno con su pasado y sus costumbres mentales y sus sospechas morales, que la nueva compañía no se basta para purgar. Añadid que incluso entre los mejores, pocos han tenido el discurso feliz y la conveniencia tempestiva: no estamos hablando de excelencia literaria. Entre un Prezzolini, que ha tenido momentos de seriedad y una autoridad más madura en sus observaciones de la verdad; o un Panzini, que ha escrito aquí y allá, en su consternación, tres o cuatro cuartillas de una nitidez y dulzura pura, ¡cuántos otros se han quedado por debajo de ellos mismos, fuera de tono y de lugar! Pero, dejando de lado algunos casos, no hay ninguna sorpresa. La polémica de la guerra –en definitiva, la propia guerra– ha cambiado los grupos, no las fisonomías ni las personas que en el fondo siguen siendo las mismas: ni mejores ni peores. Ahora

están unidos pero mañana se separarán, según la diversidad que el consenso y la cooperación de un momento no puede borrar.

Eso no gusta. Se quisiera que entre los compañeros de un tiempo y de una pasión quedara algo en común eternamente. Pero no es posible. Cada uno tiene que volver a su camino, a su pasado, a su pecado.

Siempre la misma cantinela: la guerra no cambia nada. Ni mejora, ni redime, ni cancela, por sí misma. No hace milagros. No paga las deudas ni expía los pecados; en este mundo, que ya no conoce la gracia.

Al corazón le es difícil admitirlo. Desearíamos que aquellos que han trabajado, sufrido y resistido, por una causa que siempre es santa cuando hace sufrir, saliesen de la prueba como quien sale de un lavacro: todos más puros. Y que los que mueren –al menos ellos– fueran enaltecidos, santificados; sin mancha y sin culpa.

Y luego no. Ni el sacrificio ni la muerte le aportan nada a una vida, a una obra o a un legado. El trabajo que uno ha cumplido sigue siendo lo que era. Faltaríamos al respeto que se le debe al hombre y a su obra si al valorarla usáramos algún criterio ajeno, algún voto de simpatía, o más bien de piedad. Es una ofensa: frente a quien ha trabajado seriamente: frente a quien ha muerto por cumplir con su deber.

Antes hablaba de literatos y me acordaba del pobre Péguy. ¡Cómo habríamos deseado, tras conocer su final, concederle por un momento un poco más de aquella poesía o felicidad a la cual tendía la pena de su vida! Recuerdo haber releído muchas páginas de su *Misterio* con una atención y una premura casi dolorosas; deseando descubrir en la sinceridad de aquel lenguaje tan laborioso, escrupuloso y tenaz, esa belleza y fuerza lírica que no había sabido ver antes: que no existe. Así, he seguido evocándolo en las páginas un tanto oscuras y sólidas de sus libretos, en los que queda impresa su juventud, su misticismo y su batalla; punto por punto, paso por paso, y de vez en vez, con esa complicación que parece intrincada y rota, que es simple y acomodada como el paso de un campesino por la tierra; y he seguido evocándolo con una melancolía endulzada por la humildad.

No es necesario engrandecer al hombre que ha escrito *Notre jeunesse*³, que hablaba de esos setenta y cinco flacos y gráciles figurines o de sí mismo, un campesino tan nudoso y rugoso: la guerra lo ha parado, lo ha obligado a yacer en la tierra de su país, tranquilo, quieto, superior a nuestros movimientos de inútil admiración, tales como el pesar o el arrepentimiento.

Y recordaba también a Rolland, y a otros de aquella literatura de vanguardia, por la que tengo remordimientos de poca simpatía y escasa justicia. Ahora que cumplen con su deber de manera tan noble, tras haber contribuido también ellos con el fervor moral, el esfuerzo y el coraje a la renovación interna de la nación, que al ser orgullo para una minoría selecta, hoy se ha convertido en principio de una fuerza común y maravillosa. Por tanto, ¿no deberíamos así mismo recordar con otro ánimo las pruebas y audacias de una literatura que se adelantaba a un acontecimiento histórico?

Pero es inútil continuar. Sé la respuesta que hallaré siempre al final, aunque intente ocultar la cuestión.

Hoy es una cosa, y ayer fue otra distinta. La fuerza moral y la virtud presentes no tienen relación directa con lo que tenían de mediocre, pobre y aproximativo algunos esfuerzos literarios. La guerra ha descubierto soldados, no escritores.

³ Charles-Pierre Péguy (1873-1914) escribió, como director de «Cahiers de la Quinzaine», el ensayo *Notre jeunesse* (1910), donde explicaba su evolución del pensamiento socialista al catolicismo, suscitando una gran polémica al afirmar –haciendo referencia al Caso Dreyfus–, que todo lo que comienza con mística acaba en política. La otra obra de Péguy comentada se refiere a *Le mystère des Saint Innocents* (1912).

Ésta no cambia los valores artísticos ni los crea: no cambia nada en el universo moral. Y tampoco en el orden de lo material, ni en el ámbito de su acción directa...

Entonces, ¿qué cambiará en esta agotada tierra tras beber la sangre de tantas masacres: cuando los muertos y los heridos, los torturados y abandonados duerman juntos bajo los tormos, y la hierba por encima crezca suave, brillante y nueva, llena de silencio y lujo al sol de la primavera que es siempre la misma?

Yo no soy un profeta. Veo las cosas como son. Veo esta tierra que tiene el color disecado del invierno. El silencio fuma en un vapor de color púrpura las sobras del mundo olvidado en el frío de los espacios. Las nubes duermen inmóviles sobre las crestas de las montañas acabaladas y agudas, y bajo el cielo vacío sólo se siente el cansancio de las viejas carreteras blancas desgastadas, que yacen en medio de la fosca llanura.

No veo las huellas de los hombres. Las casas son pequeñas y están dispersas como escorias; un verde opaco y mudo ha igualado los surcos y caminos en la monotonía del campo; y no existe ni voz ni sonido, que no sea el de una neblina que crece y un cielo que declina. Las lentas ondas de bruma se apagan en cenizas frías.

Pero la vida sigue, pegada a la escoria, labrada en esos surcos, allanada entre estas arrugas, indestructible. No se ven hombres ni se oye su desfilar: son pequeños perdidos en la desolación de la tierra: existen desde hace tanto tiempo, que ya se han fundido a la tierra como una cosa sola. Los siglos han sucedido a los siglos, y estas recuas de hombres siempre han permanecido en los mismos valles y entre los mismos montes: cada uno en su lugar, con una agitación y un desconcierto interminables, siempre detenidos ante las mismas fronteras. Desde hace casi dos mil años pueblos, razas y naciones han acampado entre los pliegues de esta corteza endurecida: de vez en cuando flujos y reflujos, superposiciones e inundaciones repentinas han sumergido los confines, barrido las costas, estremecido, destruido, cambiado. Pero tan poco, tan brevemente. Las huellas de los movimientos y los pasos se han desgastado en el confuso hollar de los caminos; y alrededor, en los campos, en los surcos, entre las piedras, la vida ha seguido igual, ha vuelto a pulular desde simientes escondidas, con la misma forma, el mismo eco de lenguajes y con los mismos vínculos oscuros, que desde pequeños seres divididos en un círculo indefinible y preciso, renuevan sólo una cosa; la raza, que a través de cientos de generaciones distintas renueva la forma de los cráneos que yacen ignotos bajo capas de tierra milenaria, y el acento y la ley no escrita.

¿Qué es una guerra entre estas criaturas innumerables y tenaces que siguen excavando cada una su propio surco, pisando su camino, engendrando hijos sobre el barro que cubre a los muertos; si interrumpidos vuelven a empezar; si expulsados retornan?

La guerra ha pasado, causando estragos, desbaratando, y millones de hombres no se han dado cuenta. Han caído o han huido los individuos; pero la vida permanece, inflexible en su animalidad instintiva y primordial, para la cual el movimiento del sol y de las estaciones tiene más importancia al fin que todas las guerras, rumores fugaces, golpes sordos que se confunden con el resto del trabajo y el dolor fatal del vivir.

Y dentro de cien, de mil años, cuando la guerra vuelve choca con los mismos diques; conduce hacia los mismos boquetes a los montones de hombres, cazados o espoleados hasta los mismos sitios. Es la misma marea humana que ha desbordado el Rin, o en Flandes ha inundado los llanos germánicos y sármatas y se ha estrellado entre los montes. Se lucha en los mismos campos, se camina por las mismas sendas.

Es cierto que esta vez parece que una oleada profunda ha levantado irresistiblemente los estratos más antiguos de la humanidad acampada en las regiones de Europa: no es una aventura o una perturbación local, sino un movimiento de pueblos enteros separados de sus raíces. En los primeros días se tuvo una impresión indecible; como si hubiera vuelto la época de las grandes inundaciones, cuando una raza puede ocupar el lugar de otra. Europa no había visto esto desde hacía casi dos mil años: eran los bárbaros de entonces, las masas de gente nueva, que volvían a trasladarse desde los lugares en donde se habían asentado cuando la marea se retiró; y en todo ese intervalo de tiempo, no las habían vuelto a desplazar estos movimientos y convulsiones parciales de manera duradera.

Es probable que ni siquiera puedan desplazarlas esta vez. Quizá no tengamos superposiciones, de esas que a pesar de todo no son capaces de destruir la vitalidad conculcada de una raza, que resurge poco a poco como la hierba pisoteada y circunda, macera y absorbe en sí el elemento extraño; como sucedió al elemento germánico que se había desbordado por Europa occidental y meridional, y que permaneció tras las invasiones y fue reabsorbido en nuestras tierras.

Incluso ahora se oyen las mareas adversas toparse y refluir de las graves circunstancias que no han cambiado.

Y al final todo volverá más o menos a su lugar. La guerra habrá acabado con una situación que ya existía, no habrá creado una nueva.

Habrán cambios en las tendencias políticas y en la orientación moral, en las rectificaciones y las definiciones, tanto en los límites geográficos como en los valores civiles —en lo que comúnmente se llama equilibrio mundial—, que disminuirán el tono de ciertas partes y aumentarán el de otras: ciertas agrupaciones, reconstituciones, afirmaciones, que antes maduraban como conciencia y deseo contrastado, serán mañana un hecho consumado. Aun así no cambiará el espíritu de nuestra civilización —para la cual esta guerra ya se había cumplido y aun así se está cumpliendo—; y no afectará a la sustancia de los pueblos, no se suprimirán ni se perderán esos principios e imperativos históricos, que cada una de las grandes razas o formaciones nacionales representa desde hace siglos en su lugar y por su destino.

La historia no terminará con esta guerra, y ni siquiera se modificará esencialmente, ni para los vencedores ni para los vencidos. Y tal vez, ni siquiera para Italia.

Cobardía italiana, destino frustrado, caminos cortados, lugar perdido para siempre: durante estos meses de expectativa, nosotros también hemos hablado sobre esto. O más bien, no hemos tenido el coraje de hablar de ello, oprimidos por una angustia oscura, acelerando con el ánimo, día tras día, el momento, para no dejar pasar la oportunidad, para que no se perdiese de modo que no pudiéramos reencontrarla.

Ciertamente había algo de verdad en esas ansias.

Algo tiene que hacer Italia, un deber que cumplir y un porvenir que preparar o asegurar, algo históricamente determinado y preciso, en sus confines y su camino, eso lo sabemos todos; lo saben incluso quienes lo niegan e impiden en un esfuerzo que termina definiendo este problema con una certeza cada vez más simple.

Pero precisamente al ser este problema tan esencial y fundamental en nuestra historia, no podemos creer que se solventa hoy. La recuperación de nuestra gente, de nuevo completamente atravesada en el camino y contra el impacto de nuestros crecientes vecinos, la anticipación a nuestro porvenir por las antiguas perpetuamente renovadas vías del levante, que habríamos querido alcanzar hoy, forman un todo con Italia. E Italia se mantiene. No se termina, no muere, aunque ahora parezca excluida

de la inmensa tragedia, sorda a la llamada de su destino, abandonada como un tronco muerto fuera de la corriente de la historia.

Algunos problemas no pueden permanecer ligados al destino de una generación, que pudiera ser débil, parlanchina, sorda, ciega y cobarde, como ésta nos parece. Sin embargo, Italia es otra cosa. Es una realidad. Parece dormida en este territorio grisáceo, entre los Alpes taciturnos y el mar descolorido, bajo un cielo aplastante y cerrado; con todos sus hombres confinados en el sopor y la miseria de las pequeñas casas, cada uno oprimido entre sus muros, sentado junto a las cenizas y el humo de su hogar, prisionero en su agujero, en su horizonte, en sus intereses, en su mezquindad. ¿Sobre qué destino o porvenir os gustaría hablar con el comerciante de la ciudad allá arriba, o con el agricultor de esta campiña? ¿Qué problemas puede percibir el egoísmo, que es la única fuerza y razón de ser que ha sostenido y mantenido la vitalidad de la manada, a través del tiempo, y ajeno a él, apegado a su tierra, a sus deseos, a su trabajo y su dolor, tanto hoy como hace tres mil años; como siempre, mientras existan vivientes bajo el sol?

Está bien. Sólo la debilidad de hoy puede ser la virtud de mañana. Esta casi animalidad sorda e irreducible que hoy exaspera y entristece nuestras agitadas conciencias es quizás una de las principales fuerzas, es la realidad de la raza: que existe y resiste, crece, se expande, se multiplica con un empuje instintivo, todavía oscura y dispersa, pero profunda y tenaz, capaz de encontrarse y afirmarse más allá de nuestra vida, que es corta y transitoria.

Esta Italia existe, vive, se labra su camino. Hoy no responde a la llamada, pero quizás responderá mañana, dentro de cincuenta o cien años, y aún estará a tiempo. ¿Qué significan los años para un pueblo?

El mar, las montañas, el teatro de la historia no cambian: Italia tiene tiempo. No hay nada de fracaso o perdición en una nación que tiene esta vitalidad y dinamismo. Aunque no haya participado en la guerra.

Esto puede ser un poco difícil de admitir. Repugna a cualquiera tener que aceptar que, en el fondo, todas estas buenas personas que tenemos alrededor y que parecen tener en su mano el destino de nuestro país: el parlamento, la prensa, los profesores, el excelente presidente Giolitti, y los diplomáticos, los sacerdotes, los mejores socialistas, no habrán causado el mal, al igual que no fueron capaces de hacer mucho bien. Y la ira hacia ellos es tan exagerada, como inútil es el desprecio. El destino de Italia no estaba en sus manos. No tendremos nada que vengar. Este bramido de vergüenza y rabia que queríamos guardarnos en el corazón hasta poder desahogarnos, termina casi en una sonrisa.

Es melancólico. Una cuestión malograda. ¡Aunque hay tantas!

Y todas ellas no son nada si pienso en lo que se malogra cada minuto, mientras hablo, mientras pienso, mientras escribo; la sangre, el dolor y el sufrimiento de hombres atrapados en esta vasta vorágine de la guerra. Vorágine que se consume en sí misma.

Frente a todo eso, ¿en qué se convierten los resultados, las reivindicaciones de territorio y de fronteras, las indemnizaciones y los pactos y la liquidación última, aunque sea plena y esté cumplida?

Creemos aún, por un momento, que se vengará a los oprimidos y se reducirá a los opresores. El resultado final será toda la justicia y todo el bien posible en esta tierra. Pero no hay bien que pague la lágrima derramada en vano, el lamento del herido que se ha quedado solo, el dolor del atormentado del que nadie ha tenido noticia, la sangre y la tortura humana que no han servido para nada. El bien de los demás, los que quedan, no compensa el mal, abandonado sin remedio a la eternidad.

Y entonces, ¿de qué bien se trata? Incluso los prófugos que esperan el fin de los tiempos como el cumplimiento de la profecía y el advenimiento de los cielos sobre la tierra, saben que el sueño es en vano.

Tal vez el beneficio de la guerra, como el de todas las cosas, está en sí mismo: un sacrificio que se hace, un deber que se cumple. Se aprende a sufrir, a resistir, a contentarse con poco, a vivir más dignamente, con más seria fraternidad, con una religiosa sencillez, individuos y naciones: hasta que olviden lo aprendido...

Pero además es una pérdida ciega, un dolor, un derroche, una grande e inútil destrucción.

Antes hablaba de quienes, por una corazonada, desearían suspender el curso del universo: obligar por encima de todo a sufrir los efectos de esta guerra, a conservarla, a continuarla y a no olvidar el esfuerzo que soportó la humanidad.

Es una ilusión, no menos natural que vana.

El corazón, que se ha rebelado durante un instante, pronto regresa a su calma habitual: se resigna a ésta que no es ni mayor ni menor de cualquier otra injusticia del vivir, intolerable o tolerable. El mundo está lleno de cosas sin compensación. Esa es su ley. Creo que yo también he llorado de muchacho por las coronas antiguas, por los pueblos desaparecidos de la faz de la tierra sin culpa alguna, por todas las cosas que se perdieron y, más allá no se razona: he leído con una lágrima en los ojos fijos y con los dientes apretados en silencio, la historia de las conquistas y destrucciones, las victorias de los romanos y los bárbaros, las guerras de los españoles y las revueltas de los campesinos, las guerras de los treinta años y las guerras de religión. Solo era un niño y no sabía cómo podría seguir viviendo. Pero he podido continuar. He renunciado a vengar a las víctimas, he olvidado consolar a los que habían muerto sin consuelo: he vivido igualmente. (Viví junto a mis seres queridos que murieron. Los dejé bajo tierra y me fui por los caminos del mundo). Puedo hacer lo mismo también ahora.

Esta historia, a la que llamamos presente, no es diferente de las que creemos haber leído sólo en los libros: participamos en la una y las otras con el mismo título. ¡Tan de cerca, pero a la vez tan lejanos!

Que los alemanes y sus amigos hagan todo lo que quieran y puedan. Nosotros sólo tenemos una cosa que ofrecer por todas las injusticias del universo: pero nos basta, y nuestro Cristianismo, que ha perdido todo Dios y toda esperanza, no ha perdido la tristeza y el gusto de eternidad.

Por otra parte, vivimos, ya que no se puede hacer otra cosa, y la vida es así.

Y a lo mejor hacemos literatura, ¿por qué no? Aunque esta literatura, que siempre he amado con toda la indolencia e ironía que caracteriza mi amor, pues siempre me avergüenzo de tomar en serio como para esperar o sacar de ella algún bien, es tal vez, entre muchas otras, una de las cosas más dignas.

No tenemos ninguna necesidad del genio, áspero y absoluto de quien reía al ver a los prusianos sentarse y triunfar en la miseria de su viejo país; los observaba con un cinismo libre de toda humanidad, cándido e ingenuo, y se auspiciaba seguir así.

Añadiré que yo no sabría siquiera tener la confianza suficiente en nuestro oficio, como algunos de mis vecinos; vivo demasiado alejado de este siglo como para creer en una conquista de lo absoluto que deba ser parte exclusiva de mi generación.

Al margen de eso, tengo que reconocer que nuestra literatura no en absoluto fútil ni inútil. En Italia no hay muchas otras cosas que valgan más, y que sean dignas de mayor respeto.

Es una realidad. Existe a mi alrededor una simplificación, un instinto por reducir a lo esencial, una multiplicación de las exigencias, que son un tormento y una fuerza

viva innegable. No importa si hay en todo esto una abstracción y una pobreza no siempre voluntarias, en las que puedo encontrar tanto de mí mismo que me impidiera ser justo. Junto a los defectos, que son también los míos, hay verdadera calidad y progreso, sonido y felicidad, que no me pertenece y no puedo negar.

Y entonces, después de tanto tiempo que he perdido tomándome en serio lo que no me importa, lo mejor que puedo hacer seguramente es volver, por lo que me toca, a esa literatura, que siempre he considerado como más extrínseca y menos comprometedora.

Después de dejar todo lo demás, esta es la única parte que me queda; y peor para mí si me parece poco. Me lo tomaré como una lección, que sé merecer. Y no hablemos más de la guerra.

Más bien, volvamos a hablar de ella.

Me llevó algún tiempo llegar a esa conclusión; los días pasaban mientras me la repetía, y quizá me olvidaba de algo. Será necesario volver atrás un minuto y recapitular, hasta llegar a hoy. Vamos a ver.

La cuenta no ha terminado. Dije que estos pensamientos me pesaban y que era necesario liberarme de ellos.

Y, por tanto, estoy libre. De pensamientos.

No fue fácil. Había tantos, que habían penetrado hasta el fondo: un hábito o una sombra tan natural y establecida sobre todas las demás cosas pasajeras. Me habían hecho compañía cuando el invierno yacía en las duras colinas, inminentes en el aire de vidrio, y el reseco amarillento que había caído en las orillas mostraba inmóviles las líneas del agua rebosante y la nieve derretida en las riveras. Me habían hecho compañía sin hablar, como una carga inevitable.

Y ahora todavía los llevo conmigo de paseo en estas noches de primavera que tarda en llegar; lívida, oscura, irritada por las columnas de un polvo árido todavía invernal que se levantan y huyen arrastrándose por los caminos de una falsa blancura bajo las nubes de plomo móvil.

Los he llevado y tolerado tanto que, al final, me he liberado. Así, los he consumido como un hábito que poco a poco pierde todo sentido, hasta que uno se pregunta casi mecánicamente al retomarlos, ¿pero, por qué? Entonces mira hacia atrás, y se sorprende de haber tardado tanto tiempo, repitiendo sin razón; pero se acabó.

Esto es lo que ha pasado con todas estas preocupaciones, angustias y pensamientos que estrechaba dentro de mí desde los últimos días de julio; cerrados, como una pena o un amor, que no se discute; existe, en el interior, y se aplica a todos los momentos y a todos los actos del vivir cotidiano. Y entonces llega el día en que se discute. Así, paso a paso. Se saca y se mira. Parte por parte, trocito a trocito. Mirarlo desde fuera ya es otra cosa; se convierte en algo totalmente liso, limado, raído, vano; y se empieza a tirar, con tal irritación por lo que se ha padecido de manera tan estúpida, que se confunde con la alegría de sentirse ligero y con el deseo de terminar pronto, del todo. Se rebusca en cada esquina, se escruta, se prueba, se examinan todas las reliquias, los compromisos, las huellas ocultas y profundas: parece que nunca se vaya a terminar este trabajo de revisión y limpieza, que al final nos hará suspirar tan profundamente de liberación.

Pero esta vez he terminado. Uno por uno, he examinado todos los pretextos tras los que me había refugiado en un momento de debilidad, y ninguno se ha podido resistir al interrogatorio de mi mirada fría.

Por fin, me he liberado y vaciado. Un paso tras otro, hacia arriba por la rampa de piedras viejas y lisas, con un muro al final y una puerta abierta al cielo; y más allá el mundo. Con cada paso, la corona del pino, que parecía impresa como una incisión fría en una página de aire gris, se mueve; se espesa, hunde sus agujas de un verde fosco y fresco en un cielo más vasto, que disuelve muchas nubes errantes en una transparencia descolorida. Hay una punta de oro en esas agujas que se sumergen en el aire tan vacío, tan nuevo. Yo también estoy vacío y nuevo.

Me doy cuenta de que tengo gusto para observar muchas cosas. La hierba, por ejemplo; esta mustia hierba desteñida que parece esperar los primeros aguaceros brillantes, entre plata y sol: pero no está mustia; es la luz apagada, sin reflejo; hay muchos puntos finos, y nuevos tallos, hojas y puntas de una ternura recién desplegada, pero todo es un poco plano, débil, sin savia y sin brillo. El polvo que sopla sobre nosotros está en sintonía con esa frialdad. El viento lo lanza también contra mis ojos con una punzada de ironía. Seguro que había otra molestia, antes de esta mota de polvo que no consigo quitarme del párpado; había...una lágrima ardiente en mi dedo. Y el silbido del polvo que me alcanza y ya corre detrás de mí como un pequeño torbellino. Y después, la pausa del viento y el regreso de los colores y formas en mis pupilas libres. El verde claro de la orilla, y luego la pendiente, a través del yermo seto; trigo más arriba, campos y prados abajo y más abajo; un verde raso, más frío a la sombra. Y, de repente, aparece enfrente esa casa, como una campanada; con la fachada agrietada y los ventanucos oscuros; una pincelada de ultramar, tan cruda, tan fresca. El fondo de aire teñido coge reflejos cálidos, casi rosados. ¡Por fin! Ya sé lo que es.

Los colores que recrudescen la tierra desnuda y limpia, las sombras en movimiento, una zona de tibieza difusa y brillante bajo las nubes hinchadas; el verde que se refresca y el azul celeste que se hiela: luz de primavera al final del día.

Eso es lo que importa. Me quedo así, suspendido saboreando mi libertad en las sensaciones que la atraviesan; errantes, sin cuerpo: aire lavado y vacío, colores mudos. Libertad.

¿Qué queda de todo el peso anterior? Una sonrisa me lleva de vuelta, a través del espacio, a una inquietud que se pierde a lo lejos, bajo mis pies, como las casas de mi ciudad, apiñadas allá abajo en la inmovilidad de la piedra tallada, sin matices y sin intervalos: paredes claras y torres envejecidas; ¡y todo tan pequeño y tan inmóvil!

Ha quedado lejos, ya no es mía. Dentro de mí no hay nada más que vacío, y en el fondo del vacío, una sensación de tensión que proviene de las rodillas rígidas o de algo que se ha quedado en la garganta: el apretón de las mandíbulas cuando la cabeza se echa hacia atrás para dejar pasar lo que brota lentamente del corazón.

No es nada extraordinario. Mi carne conoce bien el apretón de esta ansiedad repentina, que surge del fondo oscuro, entre las pausas de una vida monótona, y la detiene: así; las piernas clavadas en el suelo, y todo mi ser concentrado en un espasmo de ansiedad, que tensa una a una todas las fibras.

Hasta que la tensión se convierte en un suspiro: onda lenta que crece del pecho oprimido e hincha la garganta, subiendo por todas las venas; ola irresistible de la vida que no se puede detener. Se había ido, pero vuelve. Más caliente y plena, cuanto más de lejos provenga.

Levanta todo y se lo lleva a su paso. El angor, incluso la angustia, hasta el suspiro que escapa de los labios cansados y no pienso retener. ¿Por qué habría de hacerlo?

Es mío. Es mi ser, no puedo cambiarlo; y no quiero. Es la parte más oscura y más verdadera de mí mismo. Cuando todo ha desaparecido, sólo me ha quedado eso: descontento, angustia, espasmo; es mi vida actual. Ahora lo entiendo. He sido capaz de destruir en mi mente todas las razones, los motivos intelectuales y universales, todo lo que se puede discutir, deducir, concluir; pero no he destruido lo que había en mi carne mortal, que es más elemental e irreducible, la fuerza que me aprieta el corazón: la pasión.

Como ayer y como siempre. ¡Cuántas veces he llevado conmigo esta compañía! Nunca tan íntima como ahora, como ésta, que no tiene ni rostro ni nombre. Es toda una con mi soledad más sola y mi alegría más amarga.

Todo lo demás ha caído como legañas de los ojos desellados. He abierto los párpados y he sentido la alegría de su juego, tan simple y natural al despegar pestaña a pestaña y dar el paso quieto a todas las cosas del mundo: un pequeño círculo viajero sólo para mí, en el espacio entre la retina y el aire; el olivo que hace resonar el metal de su corteza rugosa y la palidez de sus hojas en la claridad que hay ante mí.

Y junto a eso, antes y después de todas las cosas, mi pasión: angustia: vida en este momento. Porque no somos eternos, sino hombres, destinados a morir. El tiempo que nos ha tocado ya no volverá para nosotros si lo dejamos pasar.

Han dicho que Italia puede rectificar, si pierde esta oportunidad que se le ha dado, la volverá a encontrar. Pero nosotros, ¿cómo rectificaremos?

Envejeceremos como fracasados⁴. Pasaremos por aquellos que han fracasado frente a su destino. Nadie nos lo dirá, pero lo sabremos; nos parecerá haberlo olvidado, pero siempre lo sentiremos; el destino nunca se olvida.

Será inútil echar la culpa a los demás. A los que hacen política o la venden; al egoísmo estulto que calcula las ventajas y busca en el periódico el número de muertos; a los socialistas y a Giolitti, a los diplomáticos o los campesinos. La culpa es nuestra, que vivimos con ellos. Estar preparados, cada uno por su cuenta, no significa nada; sentirse indignados, disgustados, amargados sólo por una debilidad. La realidad es la que vale. Incluso la desgracia es un pecado, y quizá el peor y más grave de todos.

Entre millones de vidas, había un minuto para nosotros, y no lo habremos vivido. Habremos estado al borde, al extremo; el viento nos golpeaba y nos alzaba el cabello sobre la frente; a los pies inmóviles trepidaba y subía el vértigo del impulso. Y nos quedamos quietos. Envejeceremos acordándonos de esto. Nosotros, los de mi generación, que llegamos ahora al límite de edad o la hemos cruzado hace poco: gente echada a perder y arrogante. ¿Quién dice que hemos malgastado nuestra vida, sin construir y sin conquistar? Nos habíamos enriquecido de lo que hemos tirado; no perdimos siquiera un segundo de los días que han resbalado entre los dedos como el agua. Pues estábamos destinados a este momento, en el que todos los pecados y las debilidades e inutilidades podían encontrar su uso. Este es nuestro absoluto. ¡Así de simple!

No somos ascetas ni estamos fuera del mundo. Queremos vivir y no morir. Aunque nos toque lo que no se puede esquivar con el cuerpo, cuando se nos cruza en nuestro camino, y que es siempre vida⁵. No tenemos miedos ni ilusiones. No esperamos nada. Sabemos que nuestro sacrificio no es indispensable.

⁴ Alude a un pasaje de Prezzolini sobre la amargura de cargar toda la vida con este fracaso. Cfr. G. Prezzolini, *Guerra tradita*, en «La Voce», 28-09-1914.

⁵ Recuerda el amor a la vida de los que fueron a la guerra; cfr. Piero Jahier, *Ma la patria*, en «La Voce», 28-10-1914.

Esto hace que nuestra pasión sea más simple y segura. Simple como el palpito de la primavera, que surge de la tierra parda y roza mis dedos, me hace sentir que están templados e hinchados al aire vivo: y el agua tiene que haberse helado allí abajo en el trigo donde se ha detenido entre surco y surco. Son regueros y pozos claros que dejan ver la arcilla en el fondo y, sobre todo ello, en la tensa cinta líquida, brilla desenvolviéndose el espeso humo de las nubes, como tinta que se funde en luz.

Tengo ganas de caminar, andar. Vuelvo a recuperar el contacto con el mundo y con los demás hombres, que me siguen y pueden venir conmigo. Oigo sus pasos, su respiración que se confunde con la mía; y el camino firme, liso, duro, que resuena bajo nuestros pies y sustenta estas pisadas. No hay nada más en lo que pensar. Es bastante para mi angustia; no es un sueño o una ilusión, sino una necesidad, un movimiento, un hecho; el más simple del mundo. Todo me absorbe en su sencillez; me convierte en calor y sustancia.

La fe es sustancia...⁶ No. Fe es una palabra que no me gusta, y respecto a las cosas que se desean, no conozco ninguna.

No creo que haya nada de fatal o misterioso en mi deseo. La fatalidad de la raza resurgida, el instinto de humanidad redimida, son todas frases que no me suscitan resonancia alguna.

Las cosas que pienso son determinadas y comunes. En cuanto a la humanidad, conozco sólo a aquellos que tengo cerca: los que me paraban este verano cuando pasaba en bicicleta, por la orilla del mar o por la avenida abrasadora: «Querido profesor, ¿se acuerda de cuando se lo contaba?»⁷ (Era una de las razones por las que estaba tan tranquilo junto a la humanidad que temblaba y se estremecía: tal vez me veía sólo como una sombra, pequeña, entre grandes sombras negras menguantes sobre la tierra. Yo también buscaba otras cosas, huidas o deseadas, perdidas o presentes, a la orilla del mar; en el borde, donde la ola huye y se lleva el último velo de agua, mientras las lenguas de espuma se apagan con ligero silbido; y queda al descubierto una línea de arena morena, húmeda e intacta, como un sendero nuevo para venir a encontrarnos con los pies descalzos... nada. Nadie tiene que venir. Así, íbamos uno al lado del otro, intercambiándonos palabras, desde orillas ora cercanas, ora lejanas: alguna caía o llegaba con sonido cambiado. A veces le parecía escucharme y yo no había hablado, era su corazón que latía. Habría tenido tantas cosas que añadir o explicar, tantas cosas acumuladas o dejadas de lado pensando en ella, tras la noche que nos separamos tan cansados de hablar, huyendo cada uno hacia su inquietud: su voz todavía me seguía entre las largas sombras de la puesta de sol, y yo miraba la rueda silenciosa que corría sobre el polvo blanquecino, como si estuviera ya sólo. Tendría que haber vuelto, si hubieran traído buenas noticias de Francia. Sucedió la batalla del Marne: ganaron los franceses y no volví. No habíamos –y no hemos– combatido ni vencido aún). Una voz sale del carro, que yo rozaba al pasar; una voz de hombre boca arriba, entre el sobresalto y el crujido de la carga de remolacha o de carbón que va bajo el sol y llegará de madrugada; o un reclamo lento desde más allá del canal, entre los surcos blanquecinos y calcinados, sobre los que duerme el reflejo del cielo y el mar, cargado de un azul tan pleno que incluso la frescura de su aliento tiene un peso en el rostro. Podía oír su voz, extraña, entre el

⁶ Cita de *La Divina Comedia* de Dante: “fede è sustanza di cose sperate / e argomento de le non parventi” – “la fe es la sustancia de aquello que esperamos y la prueba de aquello que no vemos” (*Paradiso* XXIV, vv. 64-65).

⁷ El profesor es el escritor Alfredo Panzini, uno de sus más cercanos interlocutores en el debate sobre la guerra. Véase la carta que Serra escribe a Panzini el 27-11-1914 (*Epistolario di Renato Serra*, G. De Robertis & A. Grilli (eds.). Florencia: Le Monnier, 1934)

silencio y la agitación de las ruedas: «Señor teniente, ¿volveremos pronto?». Convocados para las últimas maniobras, me hablaban de igual a igual, tan diferentes, con la fusta y una pala en la mano, la camisa abierta y el sudor en la cara, un poco arrugada por la duda; dura y cerrada, incluso a la luz del sol. Oían la respuesta con atención; intercambiábamos alguna otra palabra indiferente, un breve saludo; y ya está. Sin señal de emoción o entusiasmo. Era suficiente con volver a reunirse por un momento.

Y así todos los que me han parado y preguntado tantas veces este invierno. Tantos a los que había olvidado, tantos a los que nunca había conocido; pero todos ellos deberán partir, si llega ese día; mientras tanto, se sienten más cerca. Siempre eran las mismas preguntas: «¿Habrás que ir? y ¿cuánto se tarda? y ¿cuándo nos veremos?», alguno con una gran sonrisa, otro resignado, otro incluso sospechoso, con un deseo torvo de oírse decir que no. Y las respuestas siempre iguales: «pero, si nos toca, vamos todos esta vez. – Creo que ya casi estamos. – Tarde o temprano, cuando haya que ir, se irá. Nos veremos...», con una reticencia instintiva, que me empujaba a velar mi deseo, para acercarlo a sus preocupaciones, sin ofenderla.

De todas formas, lo que cuenta no es la palabra; es la mirada de complicidad que nos intercambiamos y que nos une, incluso en lados opuestos y con ánimos diferentes, personas vinculadas a la misma suerte que se encuentran y se reconocen. Todas las palabras son buenas cuando el sentido de todas ellas es uno: estamos juntos, esperando hoy, como lo estaremos en el camino, mañana.

¿Hermanos? Por supuesto que sí. No importa si son reacios, reticentes, infidos, tardos, obstinados, divididos; así deben ser los hermanos en este mundo que no es perfecto. Y junto a aquel que se queja o se muestra receloso, aparecen los que se abren en una sonrisa instintiva al verme –sonrisa simple y feliz que de nuevo tiene veinte años en los rostros cambiados, con las arrugas marcadas y la barba áspera de un hombre ya consumido–; aquellos que me tienden la mano fuerte con una timidez afectuosa, los que posan sus ojos un tanto turbados en mí con repentina sensación de confianza, como si hubieran reencontrado en el momento de duda su guía pasada... Guía para poco: pero yo seguía delante y ellos detrás. Así se haría todavía. El hombre no necesita mucho para sentirse seguro.

¡Con tal de ir! Detrás de mí todos son hermanos, todos los que vienen, aunque no los vea o no los conozca bien.

Me contento de lo que tenemos en común, más fuerte que todas las divisiones. Me contento del camino que tendremos que hacer juntos y que nos conducirá a todos por igual; y será un paso, un respiro, una cadencia, un destino único, para todos. Tras los primeros kilómetros de marcha, las diferencias resbalarán gota a gota como el sudor por los rostros abajo en el suelo, entre el roce de pesados pies arrastrándose y la respiración honda que se acelera; y después sólo quedará gente exhausta que se desanima, retoma aliento, y continúa; sin resollar ni entusiasmarse; es tan natural hacer lo que hace falta. No hay tiempo para recordar el pasado o para pensar demasiado cuando estás codo con codo y hay tanto que hacer; o más bien, cuando hay que hacer una sola cosa, entre todos.

Caminar juntos. Uno tras otro por los senderos entre las montañas, con olor a menta y enebro; se desfila como hormigas por la pared y se asoma la cabeza por lo alto de la cima, cautos, en el silencio de la mañana. O al caer la tarde por las anchas rondas mullidas, cuando el hollar de pies es innumerable y sordo en la oscuridad y, por encima hay un hilo de luna verdosa entre las pequeñas y blancas estrellas vírgenes de abril; y cuando nos detenemos, se siente sobre el cuello el aliento caliente de la columna que se cierne abajo. O las noches, de un sueño enterrado en la

profundidad del helado cielo negro; y luego se escucha entre sueños el llanto fosco del alba, delicada como el filo de un cristal; y arriba, el día ya parece pálido. De ese modo, marchar y parar, descansar y levantarse, trabajar duro y estar en silencio, juntos; filas y filas de hombres, que siguen la misma huella, que calcan la misma tierra; amada tierra, dura, sólida, eterna; firme bajo nuestros pies, buena para nuestros cuerpos. Y lo demás no se dice, porque es necesario estar allí para sentirlo; de alguna manera las frases se vuelven inútiles.

Abajo, en la ciudad, quizá todavía se habla de partidos, de tendencias opuestas, de gente que no está de acuerdo, que tendría miedo, que se negaría, que vendría a su pesar.

Puede que haya también algo de verdad, mientras uno se quede en esas calles, entre esas casas.

Pero yo vivo en otro lugar. En aquella Italia que me parecía sorda y vacía cuando la miraba solamente; pero ahora siento que puede estar llena de hombres como yo, oprimidos por mi ansiedad y abocados al mismo camino, capaces de apoyarse unos a otros, de vivir y morir juntos, incluso sin saber el porqué: si llega la hora.

Puede que no llegue nunca. ¡Ya hace mucho que la esperamos y nunca llega!

¿De qué otra cosa puedo fiarme más hoy, aparte del deseo que me oprime cada vez más fuerte?

Ni lo sé ni me importa. Todo mi ser es un destello de esperanzas a las que me abandono ya sin preguntar; y sé que no estoy solo. Todas las inquietudes, la agitación, las riñas y los ruidos de alrededor en un susurro confuso tienen la voz de mi esperanza. Cuando todo falte, cuando sea el momento de la ironía y la humillación, entonces nos humillaremos: ahora es el momento de la angustia y la esperanza.

Y esta era toda la certeza que necesitaba. No necesito más garantías sobre un futuro que no me concierne. Tengo suficiente con el presente; no quiero ni ver ni vivir más allá de esta hora de pasión.

Termine como termine, esta hora es la mía; y no renunciaré ni a un minuto de la espera, que me pertenece.

¿Dirás que esto también es literatura?

Está bien, no seré yo quien lo niegue. ¿Por qué debería darte un disgusto? Estoy contento, hoy.

Cesena, 20-25 marzo 1915

Traducción de M. Belén Hernández González y Laura Martínez Mendieta